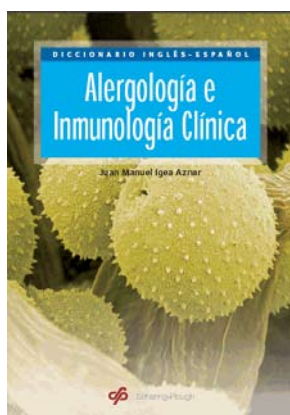


Diccionario especializado de inmunología (EN-ES)

Pedro Ojeda*

IGEA AZNAR, Juan Manuel: *Diccionario inglés-español de alergología e inmunología clínica*. Madrid: Schering-Plough, 2008; 282 pp.



Recientemente ha caído en mis manos *el Diccionario especializado inglés-español de alergología e inmunología clínica*, que es el fruto del abnegado trabajo de hormiguita de Juan Manuel Igea Aznar. La primera impresión es muy grata, por su encuadernación agradable al tacto y por su «limpia» edición, que lo hace muy atractivo a la lectura, con una presentación de las diferentes letras del abecedario (inglés) que recuerda al concurso

Pasapalabra. Sin embargo, este diccionario no invita a «pasar» la palabra o «pasar de» las palabras en él contenidas, sino todo lo contrario. A medida que uno se detiene en un lema, lee la traducción y la explicación del significado de dicho lema y el porqué de la traducción propuesta, le entran ganas de pasar al siguiente, o a otros de los «casi 1800» que Igea nos asegura que contiene el diccionario, con la chispeante esperanza de coincidir con el autor en la traducción de aquel término de inmunología que nos genera dudas y, en caso contrario, aprender de él. Más adelante veremos algunos ejemplos.

El diccionario está prologado por Fernando Navarro, experimentado traductor médico de todos bien conocido, y Tomás Chivato, actual presidente de la Sociedad Española de Alergología e Inmunología Clínica, lo cual ya avala la calidad de la obra que tenemos entre nuestras manos.

Sin ánimo de parafrasear a tan ilustres prologuistas, el diccionario representa un antes y un después en la traducción médica especializada en el campo de la alergología y la inmunología; un campo que, como bien asevera Fernando Navarro, es «joven» cuando se compara con otros campos de la medicina, y por ende un caldo de cultivo para la adopción de neologismos o términos tomados directamente del inglés, creando cierta anarquía. El innegable interés de Igea por la alergología y la inmunología y su cariño y mimo a la lengua castellana le han llevado a proponer un cierto orden en este aspecto, siempre con la humildad y reconocimiento de las limitaciones que una obra de este tipo entraña.

Veamos algunos ejemplos de términos que salen frecuentemente en la traducción o que son más novedosos y que el diccionario nos ayuda a traducir y comprender. El primero de

ellos lo constituyen las famosas *killer cells* y *natural killer cells*. Es habitual hacer mención de estas células en textos en español (ya sea traducidos o redactados originalmente en español) como «células asesinas» y «células asesinas naturales» (¡uff!, ¡qué congoja!), cuando la traducción correcta debería ser *linfocitos citotóxicos* y *linfocitos citotóxicos espontáneos*, respectivamente. No vamos a entrar en detalles del porqué de ello, porque sería repetir lo que Juan Manuel Igea explica mejor en su diccionario.

Otro término que cuesta trabajo traducir: *knock-out mouse*; la tendencia natural sería traducirlo como «ratón noqueado», pero ¿qué sentido tiene eso? ¿Hemos dejado al ratón *k.o.* de un golpe de pinzas? *Knock-out* se refiere a la *desactivación de un gen*, y como propone este diccionario, el *knock-out mouse* se traduce mejor por *ratón nuligénico*, *ratón con un gen desactivado*, etc. Desde luego, más informativo y específico que el ratón noqueado.

Si entramos en el terreno de las siglas, casi cada día aparecen nuevos acrónimos, algunos de ellos realmente sorprendentes. Uno de los que se lleva la palma, y que a mí me trae por la calle de la amargura, es *RANTES* (me recuerda a una marca de tejanos de cuando era niño que se llamaba Wrangler). Bueno, bromas aparte, *RANTES* en inglés significa «regulated on activation, normal T-cell expressed and secreted cytokine». Lo más cómodo, sin duda alguna, es dejar el acrónimo tal cual, *RANTES*, como propone Igea, opinión que los alergólogos compartimos, pues al leerlo sabemos a qué nos estamos refiriendo; ¡malo sería que encima nos cambiasen las siglas! Sin embargo, si hemos de traducir el significado, tendremos que hacer un verdadero ejercicio mental, en primer lugar para comprender qué significa esa amalgama de palabras y en segundo lugar para ver cómo lo traducimos al español. Menos mal que ahora dispongo del diccionario de Igea y ya no me hervirá más la cabeza, pues sabré que debo traducirlo como *citocina expresada y secretada por el linfocito T normal en función de su grado de activación*.

Finalmente, y por no alargar mucho esta crítica, haré mención a un término que cada vez encontraremos más, por denominar una técnica novedosa, francamente útil y que se acabará imponiendo: la tecnología *microarray*. En el repertorio que analizamos se ofrece una explicación pormenorizada de esta técnica, inicialmente concebida para estudios genéticos, pero que mediante modificaciones relativamente sencillas se está usando ya en el campo de la inmunología para determinar el reconocimiento de la IgE de un individuo frente a múltiples alérgenos, con una cantidad mínima de suero del paciente y de una sola tacada. El término propuesto por Igea para su traducción y que, como él dice, «transmite perfectamente la base de la prueba» es *micromatriz* (o *técnica de análisis en micromatrices*).

* Alergólogo y médico traductor. Secretario de la Sociedad Española de Alergología e Inmunología Clínica. Dirección para correspondencia: drojeda@clinicaojeda.e.telefonica.net.

Confío y deseo que este diccionario —que se completa con cuatro interesantes apéndices: «Nomenclatura de los alérgenos», «Características de los principales alérgenos», «Características de las moléculas CD» y «Nombres de especies vegetales con interés alergológico»— sea libro de consul-

ta frecuente para todos aquellos a los que nos gusta maltratar un poco menos de lo habitual nuestro lenguaje médico. Desde luego, de mi ordenador ya no se separa. Muchas gracias, Juan Manuel, por tu trabajo, y muchos éxitos futuros... ¡Empieza ya a trabajar en la siguiente edición!

Célula: Estudio de una metáfora y de un cambio de significado

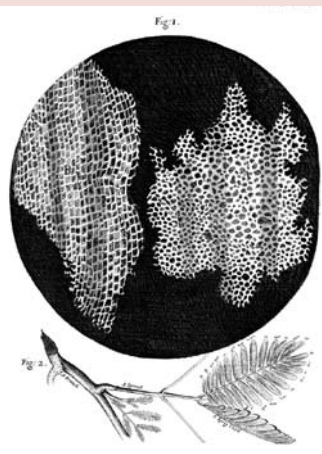
Francisco Cortés Gabaudan

Parece que existe bastante acuerdo en los estudiosos del vocabulario biológico en que, para el uso moderno de *célula* como palabra, hay que remontarse a Robert Hooke y su monografía *Micrographia (or some physiological descriptions of minute bodies made by magnifying glasses)* (<http://books.google.com/books?id=I2gNIgAACAAJ&h>), de 1665. Se trata en realidad de un tratado sobre los descubrimientos físicos y biológicos que hizo Hooke, con la aplicación de un microscopio que él mismo había construido. En el capítulo dedicado a la textura del corcho, describe y dibuja con toda minucia su observación de un corte fino de este material y afirma:

I could exceeding plainly perceive it to be all perforated and porous, much like a Honey-comb, but that the pores of it were not regular; yet it was not unlike a Honey-comb in these particulars.

First, in that it had a very little solid substance, in comparison of the empty cavity that was contain'd between [...] for the Interstitia, or walls (as I may so call them) or partitions of those pores were neer as thin in proportion to their pores, as those thin films of Wax in a Honey-comb [...] are to theirs.

Next, in that these pores, or cells, were not very deep, but consisted of a great many little Boxes [...] (which were indeed the first microscopical pores I ever saw, and perhaps, that were ever seen, for I had not met with any Writer or Person, that had made any mention of them before this) [...] [p. 113].



Se puede apreciar que Hooke entendía *cell* con el valor de ‘celda de panal’, y esa es la metáfora que debe entenderse en el término, y no la de ‘celda monacal’, como se afirma a veces. En efecto, el término latino *cella*, cuyo significado básico es el de ‘habitación’, ‘habitáculo’, dio lugar al inglés *cell* y al español *celda*. En los tres idiomas uno de los significados del término es el de ‘celda de panal’, que es el que usa Hooke en su famoso texto. Aunque Hooke escribió en inglés, la lengua de comunicación científica de los siglos XVII y XVIII era el latín. Cuando se trasladó *cell* al latín se escogió el diminutivo *cellula*, que era el término latino más habitual para ‘celda de panal’ en la época de Hooke. Este término latino se usó en lenguas románicas como el español, el francés y el italiano (de ahí el doblote en español de *célula*, el término culto latino, y *celdilla*, el evolucionado).

Está claro, como sostiene López Piñero en su *Introducción a la terminología médica*, de 2005 (p. 107), que no fue Hooke quien desarrolló el concepto de célula actual, pero sí quien acuñó el uso moderno del término. Descubrió sus celdillas en un tejido vegetal muerto como es el corcho, y es bien sabido que las células vegetales se caracterizan por tener una pared celular rígida, de la que carecen los animales, luego es bastante curioso que, al aplicar *célula* o *cell* a células animales, se designe hoy también a estructuras vivas que cambian de forma, que están llenas de contenido, frente a las celdillas rígidas vacías que vio Hooke

Entre el concepto de *cell* de Hooke y el actual hay, pues, una gran distancia, porque se ha producido un cambio de significado. El proceso de establecer el significado actual ocurrió 150 años después de Hooke y es lo que se formula como teoría celular, cuyos puntos esenciales son:

1. Todos los seres vivos están compuestos de células.
2. Las células son la unidad estructural y funcional básica de los seres vivos.
3. *Omnis cellula e cellula*, es decir, todas las células proceden de otras células.

Para llegar a estos postulados fueron fundamentales los trabajos de científicos como el holandés A. van Leeuwenhoek (1632-1723), que fue el primero en observar protozoos, glóbulos rojos, etc.; H. Dutrochet (1776-1847), que demostró que la célula era la unidad fundamental, y, sobre todo, la tríada formada por los alemanes Th. Schwann (1810-1882) y M. J. Schleiden (1804-1881), por una parte, que establecieron la importancia del núcleo celular en el proceso de reproducción celular, y, finalmente, algún año después, R. Virchow (1821-1902), que demostró, entre otras cosas, la base celular de la enfermedad y el famoso *omnis cellula e cellula*.

© Francisco Cortés Gabaudan. <www.dicciomed.es>. Universidad de Salamanca (España)